



EUROPA ANTE LA CRISIS DE VALORES

Marcelino Oreja

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Resumen

La Europa del siglo XXI debe construirse sobre principios sólidos enraizados básicamente en dos tradiciones: la judeo-cristiana y la grecolatina, matizadas por la Ilustración. Esta síntesis realista y trascendente a la vez es la que continuará haciendo de nuestro continente un manantial fecundo de ideas frescas y claras que nutran esta apasionante era de la globalización de la que somos protagonistas. Son los valores de estas tradiciones los que configuran el depósito de la herencia europea. Europa es un continente abierto, capaz de rescatar lo mejor de todas las culturas del orbe. Sin embargo, solo podemos hablar de la existencia de Europa si reconocemos a su vez que hay un conjunto de valores sobre los que se apoya la unidad estructural de nuestro continente.

Abstract

The Europe of the 21st century must be constructed on solid principles basically rooted in two traditions – Judeo-Christian and the Greco-Latin – nuanced by the Enlightenment. It is this realistic but, at the same time, transcendental synthesis that will continue to make our continent a fertile spring of fresh, clear ideas feeding this exciting era of globalisation, in which we are important figures. It is the values of these traditions that will configure the deposit of the European inheritance. Europe is an open continent, capable of rescuing the best of all the cultures in the world. However, we can only speak of the existence of Europe if we also recognise that there is a set of values supporting the structural unity of our continent.

La crisis de valores que caracteriza nuestra sociedad requiere una atención especial, tanto desde el punto de vista histórico y sociológico, como jurídico y ético.

Mi punto de partida es que los valores deben fundarse en principios y acrisolarse socialmente en forma de virtudes ciudadanas; de lo contrario, cuando solo se sustentan en meras convenciones sociales, ellos mismos se «devalúan» y la comunidad política enferma, se esclerotiza y termina por derrumbarse. Por eso, solo un marco de principios, concretado en la práctica diaria de las virtudes ciudadanas, permitirá restablecer el gran paradigma europeo, ese que nos permitió crear una unidad espiritual por encima de nuestras diferencias nacionales, contribuyendo eficazmente a superar la profunda crisis moral en que nos encontramos.

La crisis moral provocada por el relativismo tiene repercusiones en todos los ámbitos de la convivencia. La actual crisis económica, por grave que sea, no es sino un efecto colateral y transitorio, una consecuencia de la crisis moral. Comprender el verdadero alcance de la crisis que padecemos, acertar en el diagnóstico, es el primer paso para la imprescindible regeneración. Una regeneración que, en mi opinión, está indisolublemente unida a los valores, a los principios, a esa fisonomía espiritual que ha hecho de Europa la cuna, la fortaleza y el paradigma

de la civilización occidental. Los antivalores han ganado terreno. No solo han pervertido la moral ciudadana, también se han enquistado en las instituciones, instrumentalizando la ley y la política. Las estructuras sociales y económicas, los organismos jurídicos y administrativos empiezan a ceder ante esta ofensiva de antivalores que provocan, como consecuencia, la desintegración de la síntesis axiológica que fue conformada, en su momento, por el *ethos* cristiano.

Europa no se puede sustentar sobre una idea cerrada de nación, tampoco sobre un modelo particular de constitución, ni menos todavía en una noción monolítica de Estado, aunque no le falten estos elementos. La exacerbación de cada una de estas concepciones desnaturaliza la síntesis europea. Europa no puede ceñirse a una de estas estructuras, pues las trasciende culturalmente. Y ello sucede así porque se funda no en una realidad de poder o en la exaltación de una raza, en la legitimidad de las leyes o la fortaleza de la estructura estatal. Europa nace de la unión de ciertos valores trascendentes que informan una geografía concreta, un conjunto de pueblos y un puñado de costumbres. Estos valores elevan una cultura heterogénea, le otorgan la primera unidad y la espiritualizan. Los valores trascendentes son los artífices de la síntesis que se ha producido en nuestro continente. Esta síntesis europea, si bien consta de un elemento material, que nos caracteriza frente a otras regiones, no se circunscribe ni se agota en él. El elemento espiritual, el elemento valorativo, es el más importante, porque es en los valores donde encontramos el nexo de unión que permite hablar de una comunidad europea de pueblos y naciones.

La Europa del siglo XXI debe construirse sobre principios sólidos enraizados básicamente en dos tradiciones: la judeocristiana y la grecolatina, matizadas por la Ilustración. Esta síntesis realista y trascendente a la vez es la que continuará haciendo de nuestro continente un manantial fecundo de ideas frescas y claras que nutran esta apasionante era de la globalización de la que somos protagonistas. Son los valores de estas tradiciones los que configuran el depósito de la herencia europea, un depósito abierto a la influencia positiva de numerosas civilizaciones sin que por ello sea preciso renunciar a los principios inamovibles sobre las que hemos fundado nuestro modo de vida. Europa es un continente abierto, capaz de rescatar lo mejor de todas las culturas del orbe. Sin embargo, solo podemos hablar de la existencia de Europa si reconocemos a su vez que hay un conjunto de valores sobre los que se apoya la unidad estructural de nuestro continente.

Estos valores sirven para acomodar los principios a la realidad social, apreciándolos y estimándolos, pero jamás pueden actuar como sustitutivos de los mismos principios, por más que tengan su propia lógica. Así, entre los principios y los valores existe cierta relación de reciprocidad por cuanto los valores muestran el aprecio social, mayor o menor, que se tiene por los principios que configuran la sociedad misma. Los valores, por decirlo de alguna manera, son el escaparate de los principios. Sin principios, los valores se desfiguran, se caricaturizan. Sin valores, los principios se ocultan, se sumergen en un mundo ideal ajeno al compromiso social y no logran ejercer una influencia benéfica en la acción política.

Los valores, pues, son mucho, pero a la vez poco. Cuando estos valores no están enraizados en principios permanentes ni encarnados en virtudes cívicas personales, la sociedad se degenera

y colapsa. Sin embargo, una sociedad con valores supremos o principales, cultivados virtuosamente, adquiere un dinamismo fuera de lo común y se regenera. Es capaz de transformar el mundo y presentar una batalla de ideas, cambiando la historia. Su impronta, su *auctoritas*, puede durar por muchos siglos, como ha sucedido en nuestro hemisferio con la impronta cristiana. Para muestra, un ejemplo no muy lejano. El nacimiento de la nueva Europa, con personalidades como Robert Schuman, Jean Monnet, Konrad Adenauer o Alcide De Gasperi. Siendo como fueron personalidades muy diferentes, por su carácter, modos, costumbres, los cuatro pueden ser calificados como «hombres de principios», es decir, hombres que buscaron la verdad por encima del progreso, del triunfo personal, del bienestar. Y generaron valor. Es su ejemplo el que hoy debe primar si queremos mantener el rumbo de una Europa, con raíces cristianas, del todo comprometida con el desarrollo global de la humanidad.

Porque la verdad no está reñida con el progreso. La verdad no es un producto de las mayorías, y, por ende, no es un acuerdo político. La verdad no es consensual, no responde a una asamblea, sino que precede e ilumina todo acontecer público. Los valores, al estar fundados sobre la verdad, purifican la acción política, sentando una escala de prioridades que responde a la realidad. Valores y verdad van de la mano. Sin esta interrelación es incomprensible cualquier intento de regeneración democrática. La democracia de valores es, en el fondo, la materialización de la política de la verdad.

Retornar a la verdad en la política implica defender ciertos valores que han hecho que España y Europa sean lo que son. La profunda globalización que atravesamos, de la que es imposible sustraerse, trajo consigo la instauración de un *ethos* posmoderno caracterizado por la desfiguración de la verdad y el surgimiento de nuevas utopías que se suman a las ya conocidas, basadas en la raza, la ideología o la ciencia. La difusión de estos antivalores, su expansión incontenible está en la raíz de la crisis de nuestro tiempo. Estamos, pues, ante una gigantesca batalla entre los valores que sostienen dichas concepciones. El campo en el que se presenta esta conflagración no es lejano ni intelectual. No se trata, en absoluto, de una cuestión meramente teórica. Se lleva a cabo en el día a día de nuestras sociedades, donde por un proceso de ósmosis van aceptándose unos valores y desechándose otros. Del destino de este conflicto depende el futuro de toda la civilización occidental. Porque las ideas tienen consecuencias y los valores, los principios, terminan determinando e influyendo la praxis social.

Los principios sirven de punto de unión entre los valores y la verdad. La verdad es relevante para la organización de la sociedad democrática, para la política y para la permanencia de la propia civilización. Existe una civilización de la verdad que se contrapone a una civilización artificial, basada en imágenes, sensaciones y reflejos, una civilización que impone su poder en todos los confines de la tierra, sin fronteras geográficas, extendiéndose en el ámbito personal y favoreciendo el surgimiento de un relativismo que pretende reemplazar al sentido común.

En nuestros días, atravesamos una crisis aguda de valores porque vivimos en una crisis de principios morales. Estos principios han perdido poco a poco su sentido, se han ido opacando, y han sido vencidos por la cultura del bienestar y del puro utilitarismo. Los principios han sido instrumentalizados, cosificados, pervertidos y puestos al servicio de falsas utopías sociales.

Al no existir unos principios morales claros, un paradigma de moralidad racional aceptado universalmente, que cohesione el todo social, los valores se tornan en puras adhesiones emotivas, carentes de racionalidad, espasmos coyunturales, expuestos a la moda, al capricho o a la ingeniería ideológica. Poseemos así simulacros de valores, caricaturas de valores. Antivalores, para ser más claros. Así, como dirá con acierto McIntyre: «El yo peculiarmente moderno, el yo emotivista [...] perdió los límites tradicionales que una identidad social y un proyecto de vida humana ordenado a un fin dado le habían proporcionado». La egolatría, la absolutización del yo se convierte en la característica fundamental de la sociedad posmoderna y esa exaltación del hombre, ese antropocentrismo, tergiversa la posición de los valores. Estos ya no están vinculados a la verdad y sometidos a la realidad. Por el contrario, los antivalores dependen y se alimentan de la voluntad del ser humano, una voluntad falible y relativa, coyuntural y oportunista. Divorciados de la verdad y la realidad, los antivalores pugnan por crear una nueva civilización basada en el hedonismo, el egocentrismo y el laicismo intolerante.

Si queremos recuperar los valores, recuperemos primero los principios y las virtudes, y para recuperar estos conceptos, recuperemos antes el concepto de naturaleza, base de la filosofía griega y el derecho romano, dos fuertes pilares de nuestra vieja Europa. Ciertamente es que la naturaleza, que hace que las cosas sean lo que son, nos limita, pero también marca la pauta de nuestro comportamiento y, en este sentido, seguir sus dictados es siempre una fuente de felicidad y certeza. Recuperar los valores implica también regenerar la política. Regenerar la política es tanto como salvar la democracia. Fortalecer la democracia nos permite construir juntos un país más libre, más justo y más solidario. La recuperación de los valores, la regeneración axiológica, está en función al compromiso vital que desarrollemos todos y cada uno de nosotros. Se trata, en suma, de una conversión hacia los valores de índole personal, privativa. Pero no por ello menos importante en su repercusión social.

Si miramos a Europa, que ha sido mi espacio político, cultural y profesional durante cerca de treinta años, cada vez estoy más convencido de la necesidad de defender un humanismo que recupere la idea de persona frente a la de individuo, que se abra a la trascendencia frente a la intramundanía de lo inmanente, que forje una auténtica comunidad de principios, y no solo una mera sociedad contractual, basada en un equilibrio teórico y en la injusticia práctica.

Esto se concreta en el retorno a nuestras propias raíces; en una toma de conciencia a nuestro propio origen. Renunciar al origen, a las raíces, es el mayor acto de traición. Este y no otro es el sentido del conocido aforismo orsiano: «lo que no es tradición es plagio». En el origen, siempre hay personas que encarnan con sus virtudes ciertos principios que, al ser aprehendidos y aceptados por los demás, se convierten en valores. En el origen, pues, hay valores y hay personas, principios y virtudes. Europa entera, su historia, está plagada de ejemplos virtuosos en los que una visión amplia y generosa se ha impuesto a los particularismos estrechos y nocivos.

Los avances de la Unión Europea en los últimos años han sido abrumadores. Son el fruto de la voluntad política pero también de una serie de valores fundacionales que condicionaron su nacimiento y su posterior desarrollo. El Tratado de Lisboa que ha dotado a la Unión Europea de una única personalidad jurídica como sujeto de Derecho internacional permite

que la Unión actúe de manera más eficaz, coherente y creíble en sus relaciones con el resto del mundo. Un salto importante se ha dado también en el ámbito de los derechos humanos con la solemne proclamación de la versión adaptada de la *Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea*, jurídicamente vinculante, con algunas restricciones, desde la ratificación del Tratado de Lisboa.

Pero no es suficiente. Como recordaba siempre mi querido y admirado amigo, el profesor Carrillo Salcedo, Europa debe ser el principal motor para llevar a cabo una globalización de rostro humano y reconstruir un orden moral no perfecto, porque esto es algo que nunca se alcanza, pero que debe intentarlo.

Europa tiene que contribuir a la igualdad de oportunidades para todos los pueblos, luchar contra el hambre, contra la falta de asistencia sanitaria, contra las desigualdades en el acceso a la educación y la defensa a ultranza del Estado de Derecho, la democracia parlamentaria y la dignidad de la persona. Esa es —como recordaba Jacques Delors— la nueva frontera de la gran Europa.

Esto significa gobernar la globalización y corregir sus efectos perversos. Lo que nos obliga a exigir la protección efectiva de los derechos fundamentales de todo ser humano si queremos evitar que sus derechos económicos y sociales sean cada vez más invisibles.

Los derechos de la mujer y los de los pueblos indígenas, por ejemplo, no han recibido un apoyo adecuado; los derechos económicos, sociales y culturales han sido retóricamente ensalzados pero nunca abordados real y resueltamente en las Naciones Unidas, donde el lugar común es proclamar enfáticamente la indivisibilidad de los derechos humanos cuando, como ha dicho el profesor Alston, acaso sería más conforme con los hechos hablar de la invisibilidad de los derechos económicos, sociales y culturales.

Mi conclusión es que si queremos descubrir los valores, tenemos que ir a la esencia de las instituciones. Redescubramos, entonces, a las personas, no nos quedemos solo en los procedimientos, en los mecanismos, en las formalidades.

Antes recordaba que Europa necesita más que nunca fijar su mirada en quienes pueden considerarse sus padres fundadores. Y esto es así porque una sociedad que no se apoya en valores comunes, en convicciones compartidas, no puede desarrollar un sistema institucional que le dé la estabilidad que toda comunidad política requiere. Los valores otorgan unidad, coherencia, posibilidad de destino. La conocida frase de Jean Monnet apunta en la misma dirección: «Nosotros no unimos Estados; unimos personas». Y hablar de persona es hablar de trascendencia. Sin una apertura a la trascendencia, nada tiene sentido: las personas se aíslan, las comunidades se desvanecen, el bien común se diluye. Como bien señala Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate* (núm. 78): «Sin Dios, el hombre [Europa, podemos decir nosotros] no sabe dónde ir ni tampoco logra entender quién es».

Solo los valores salvarán la síntesis europea. Los valores crearon Europa y los valores la mantendrán en tierra firme. Europa, enraizada en los valores, continuará aportando a la especie humana su sabiduría y su espiritualidad. Adentrémonos de nuevo en los principios informa-

dores de las tradiciones judeocristiana y grecolatina, que fueron las fuentes de inspiración de nuestros queridos padres europeos; propongamos a la juventud europea modelos de personas virtuosas, con hábitos de valentía, justicia, prudencia y generosidad. Esforcémonos por transmitir una cultura de valores que se oponga al relativismo posmoderno y al posibilismo oportunista. Soñemos con un mundo mejor, no basado solamente en los avances técnicos y en las revoluciones científicas sino en el comportamiento ético de las personas, en el hallazgo del camino verdadero, en la trascendencia que a todos nos une en pos de un horizonte común. Y hagámoslo por la senda de los principios, por el largo y valiente sendero de los valores que configuran la Europa de la globalización.

Voy a concluir con un decálogo que me han inspirado estas reflexiones, sobre la situación actual de la política y su resanación posible, para devolverle su dimensión de servicio:

1. La democracia no puede seguir siendo considerada solo como un marco formal sino que debe ser cultivada como un contenido material de valores, que no permiten cualquier acción aun cuando formalmente sea resultado de un ejercicio de participación y de votación.
2. La articulación de la vida social reclama una organización interna mediante grupos de opinión, minorías de sentido y de acción, que no pueden ser solo los partidos políticos, a fin de que el individuo no se encuentre frente al Estado como un grano de arena ante un coloso.
3. El Gobierno debe otorgar primacía a los proyectos, y valores del Estado, que representa a todos los ciudadanos, frente a los proyectos y valores del propio partido.
4. Un Estado y un gobierno deben proponer y cultivar valores fundamentales como condición para poder defender derechos fundamentales. Cuando no se proponen ni cultivan estos valores ni se cumplen los deberes fundamentales no se tiene capacidad para defender los derechos fundamentales.
5. Todo Gobierno debe atender y otorgar la misma importancia a los factores de unidad y de cohesión de la nación que a los factores de diversidad para que el pluralismo sea enriquecedor y no destructor de la unidad o freno de la cooperación nacional.
6. Aquellos aspectos de la vida nacional, que afectan al suelo y techo de toda la nación, deberían ser pactados entre los partidos, de forma que los asuma siempre quien gobierne fuere el que fuere. Entre ellos están: la educación, la sanidad y la defensa.
7. Entre las conquistas iniciadas en el siglo XX está la superación de los nacionalismos, el descubrimiento real de la unidad de conciencia humana y la corresponsabilidad universal, que llevan a tener que pensar los problemas de cada continente o nación teniendo siempre ante los ojos la repercusión de esas decisiones propias para los demás países. Ya no hay islas sino un océano que rodea a un único continente.

8. La política tiene su propia lógica y no puede ser separada de la economía, ni esta de aquella, ni la una ni la otra de la moral. Las tres forman un triángulo, cada uno de cuyos lados es esencial a los otros.
9. Europa tiene que examinar qué ejercicio de la razón qué modelo de humanidad y de convivencia entre las naciones hicieron posible las dos grandes catástrofes bélicas del siglo XX con ciento cincuenta millones de muertos entre agosto de 1914 y la guerra de los Balcanes. Sin ese conocimiento y la inversión de esas ideas y actitudes que llevaron a tales hecatombes su repetición es siempre una amenaza.
10. Es necesario volver a pensar por qué y cómo hemos llegado al actual silencio social sobre Dios en Europa y preguntarse qué conexión hay entre la crisis de Dios y la crisis del hombre, e indagar nuevos caminos para encontrar el lugar propio a la confesión religiosa, desde dentro del reconocimiento de los derechos humanos y de los marcos constitucionales.

Repasando estos puntos y otros que se pudieran añadir, alguien tal vez se pregunte qué condición se requiere para su puesta en práctica.

Utilizaré un término que encabezaba un reciente artículo de mi compañero de Academia el profesor González de Cardedal: Se necesita coraje. Hay ciertos momentos en la vida en los que hay que pasar de las ideas a la acción, del retraimiento público a la participación responsable, y mostrar con claridad las grandes metas a las que debemos aspirar.

El coraje moral nos lleva a salir de la irresponsabilidad, la cobardía, el escepticismo. Coraje quiere decir voluntad de verdad y de justicia, esperanza y decisión, resistencia y acción. Si se pierde la esperanza, se pierde la audacia. Coraje para que allí donde cada uno esté no prevalezca la mentira, la injusticia, el soborno, el chantaje, el encubrimiento. Recuerden las palabras de nuestro Ingenioso Hidalgo, Don Quijote: «Podrán los encantadores quitarnos la ventura, pero el ánimo y el esfuerzo es imposible».

Ya concluyo. Pero antes quiero añadir al coraje moral otra condición que se debe exigir al político y que a veces se olvida: la ejemplaridad pública, de la que ha escrito un bellissimo libro Javier Gomá. El administrador de lo público tiene una especial responsabilidad: la ejemplaridad. Si recorremos la historia del pensamiento político encontramos infinidad de citas en ese sentido. Edmund Burke sentenció: «El ejemplo es el único argumento efectivo en la vida civil». Y Baltasar de Castiglione nos recuerda: «La vida del Príncipe es ley y maestra de los pueblos». Saint. Just denunció ante la Convención: «Se promulgan demasiada leyes; se dan pocos ejemplos».

Coraje y ejemplaridad son así como dos líneas trenzadas para la dimensión de servicio que la política reclama.